



Abraza la vida

V Domingo de Cuaresma. 26 de marzo.

El Evangelio de este domingo nos habla del misterio de la muerte y de la vida. En Betania, unas mujeres lloran la muerte de un hermano, Lázaro. Jesús también siente y llora esta pérdida, también le amaba entrañablemente. Y Jesús le devuelve la vida. Él, que es la fuente de la vida, es quien puede darla para siempre. Centrémonos en algunos versículos y escuchemos:

Evangelio: Juan 11, 1-45

Había caído enfermo un cierto Lázaro de Betania, la aldea de María y de Marta. Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días en la tumba (...) Cuando llegó María a donde estaba Jesús, al verlo se echó a sus pies diciéndole: “Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Jesús dijo: “Quitad la losa”. Marta, la hermana del muerto le dijo: “Señor, ya huele mal porque lleva cuatro días”. Jesús le replicó: “No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios”. Y dicho esto, gritó con voz potente: “Lázaro, sal fuera”. Y el muerto salió.



Para meditar:

1. Como a Jesús, también a nosotros se nos rompe el alma con la muerte de un ser querido y al pensar también en nuestra propia muerte. No nos escapamos de este misterio. El Señor nos abraza en esta incertidumbre y nos abre a otro camino, el de la fe y de la confianza.

2. El Evangelio nos da un mensaje muy claro: No estamos condenados a la nada. **La tumba fría no es el destino final del que ha puesto su confianza en el Señor de la vida.** Es "la casa común del cielo" la que nos aguarda. ¡Qué maravillosa certeza es que la vida de cada persona no se pierde en la nada o en un desesperante caos (Cfr. Laudato Si' 65)! Con la muerte cerramos un ciclo para después abrirnos a la eternidad del amor.

3. Y mientras llegamos a la "casa común del cielo", creemos que, “En el corazón de este mundo sigue presente el Señor de la vida que nos ama tanto. Él no nos abandona, no nos deja solos” (Laudato Si' 244). Por eso, nuestro sitio es la vida que está afuera y nos aguarda. Como a Lázaro, el Señor nos grita con voz potente, por si acaso no lo escuchamos: ¡Sal de ahí! ¡Sal y abraza la vida! ¡Sal y sé guardián de toda forma de vida!

Para orar:

Esperaré a que apunte la aurora y me ilumine. Pero sacudiré mi noche de postraciones y sudarios. Esperaré a que llegue lo que no sé y me sorprenda. Pero vaciaré mi casa de todo lo enquistado. Y al abonar el árbol, despejar el cauce, sacudir la noche y vaciar la casa, la tierra y el lamento se abrirán a la esperanza. (Benjamín González Buelta SJ). Creó en la vida nueva del Resucitado. Amén.

